

por ricardo domenech



«cartas», de juan ramón jiménez

DESPUÉS de la lectura de estas "Cartas", de Juan Ramón Jiménez (Editorial Aguilar, Madrid, 1962), se siente un mal sabor de boca. El que esto escribe hace tiempo que dejó de admirar la poesía de Juan Ramón Jiménez, esa "poesía pura" para minorías, que hoy ya no nos dice nada. Sin embargo, con el reconocimiento a las excelentes condiciones del poeta de Moguer, a su talento y a su gracia expresiva, quedaba aún una cierta admiración, o más bien un cierto respeto soterrado hacia su figura; respeto que no pudo ser desconocido por las innumerables anécdotas que a propósito de J. R. J. circulaban por las tertulias literarias. La lectura de estas cartas, sin embargo, hace que nuestra estimación hacia él varíe considerablemente. Se nos hablaba de que Juan Ramón Jiménez era un poeta encerrado en una torre de marfil o, lo que es igual, en sí mismo, y aunque su obra lo denunciaba en cierto modo, no queríamos creerlo del todo. Se nos hablaba de su acritud, desparpamada en mil anécdotas de café, y nos costaba un gran esfuerzo admitirlo enteramente. Ya habíamos rechazado su estética —tan "universal" y tan envejecida—, pero había algo que todavía no nos atrevíamos a rechazar. Estas cartas, sin embargo, nos obligan —creo yo— a reconsiderar nuestra posición ante el "Andaluz Universal". Tal reconsideración, naturalmente, sobrepasaría los límites de una mera nota crítica. Pero quede aquí lo dicho como una incitación. Juan Ramón Jiménez —que me perdonen sus devotos— representa el tipo de escritor que a estas alturas no puede entusiasmar ni siquiera ser admirado por las nuevas generaciones.

El volumen —pulcramente editado— que nos ocupa consta de tres partes: "Moguer, Madrid, Moguer" (donde hay abundantes cartas a Rubén Darío, Unamuno, Antonio Machado y Martínez Sierra, entre otros), que va de 1898 a 1915; "Cartas familiares" (con cartas a su madre y a sus hermanos), que va de 1913 a 1945, y, por último, "Madrid", que va de 1915 a 1936, y donde se recoge una parte de las constantes rupturas de Juan Ramón con tantos y tantos escritores de su tiempo.



«toco la tierra», de ángela figuero aymerich

He leído el último y sugerente libro de Ángela Figuero Aymerich: "Toco la tierra" (Colección Adonais, Ediciones Rialp, Madrid, 1962). Es un estupendo libro, que contiene poemas de gran fuerza y altura poética. Después de los seis libros de versos que la autora tiene publicados —"Mujer de barro", "Soria pura", "Venida por el ángel", "El grito inútil", "Vispera de la vida" y "Belleza cruel"—, decir que Ángela Figuero, sobre todo después de "Belleza cruel", es una de las primeras figuras de nuestra poesía actual, puede resultar perogrullesco. No importa. Yo lo digo.

En "Toco la tierra", que la autora subtítulo "Letanía", Ángela Figuero nos presenta una imagen desgarrada —pero esperanzada a la vez— del hombre; pero no del hombre abstracto, sino del hombre concreto, del hombre inmerso en la presente situación. El consciente amor a España, que heredaríamos del 98, reaparece en los versos de Ángela Figuero en un acento personal y vigoroso:

Con llanto, y hiel, y cólera en las venas,
con un puñal clavado entre los ojos,
contemplo, tierra mía, tus rastros
y el largo repertorio de tus penas.

Si esta es una de las constantes de "Toco la tierra", obra —y no menos definitoria— es la solidaridad humana como actitud irrecusable. He aquí como muestra estos versos de tan largo vuelo poético:

Donde veas
que un muro con trabajo se levanta
para quitar al hombre frío y miedo,
acérrate y colorea unos ladrillos
calientes con el roce de tus manos.

A muchas reflexiones nos mueve esta nueva y valiosa obra de Ángela Figuero Aymerich, cuya lectura recomiendo especialmente.

DÜRRENMATT

A CABO de pasar unos días en París. Esto me ha obligado a desasistirme los estrenos madrileños. Creo, por el contrario, que es oportuno escribir unas reflexiones en torno a la situación teatral francesa. O más concretamente, para quitarle todo énfasis a esta modesta crónica sobre las sugerencias provocadas por «Frank V», de Dürrenmatt, que vi como espectador.

El teatro no puede vivir de las minorías y lo que necesita son públicos en los que apoyar económicamente una programación ambiciosa. La cartelera teatral, a fin de cuentas, da fe de la situación de una colectividad. En los títulos que marcan el tono medio, y en la presencia de los que apuntan hacia la evolución, hacia la mejora, casi siempre apoyándose en una economía estatal que debe tener, entre sus obligaciones primeras, la atención a la cultura.

Nuestros dos estrenos de Dürrenmatt han encontrado cobijo en los teatros oficiales. El «Frank V» lo vi en el Atelier, un teatro privado de París. La sala estaba casi llena. Lo que significa que en París —donde en muchas salas se hace teatro de boulevard— es rentable un autor que aquí necesita protección.

El fenómeno no debe entristecernos demasiado si pensamos que, al menos, los directores de los teatros oficiales —José Tamayo, antes; José Luis Alonso, ahora— han aprovechado con honestidad y buen juicio el dinero del Estado para presentar a Dürrenmatt. Resulta, en cambio, inquietante considerar los dramaturgos no propuestos a nuestro público, y que vienen a ser el contexto, el cuadro dramático, en el que Dürrenmatt debe ser enclavado y desde el cual Dürrenmatt debe ser entendido. Cuando se levantaba el telón de «Frank V» y el actor decía su primer parlamento, se establecía un acuerdo humorístico entre Dürrenmatt y el público, que en España resultaría difícil. En las canciónillas, declamadas con pretensión velada de parodia, que abundan a lo largo del espectáculo, se concretan una serie de experiencias anteriores, y sería necesario citar al Brecht de los esperpentos al estilo de «Arturo Ui», que sirven de apoyo a la fórmula de Dürrenmatt y a la comprensión que muestra su público. Apoyo que aquí no existiría, puesto que Brecht no ha sido representado. Pero hay otro aspecto del problema. Dürrenmatt hace pensar en Valle-

Inclán. Un Valle-Inclán comprendido por el mundo teatral y desarrollándose en una atmósfera social menos inhóspita que la nuestra. Les contaré la historia de «Frank V».

Durante varias generaciones, los Frank han sido jefes de una terrible banda de «gangsters» que encubren sus crímenes bajo supuestas actividades bancarias. Frank V, el último jefe de la banda, asiste al crepúsculo de su dinastía. El «gangsterismo», la violencia, no da los resultados de antes. Los tiempos han cambiado. Su hijo, el futuro Frank VI, resuelve inesperadamente el problema. Todos —incluso su padre— deben morir. El Banco debe ser, sencillamente, un Banco. Hay que enterrar toda la leyenda de violencia y organizar una dinastía honorable. Los millones, y mucho más cómodamente, seguirán llegando.

Al final de la obra todos los personajes cantan el himno a la nueva Banca, el himno a la honradez. Serios, como si hubieran descubierto el porte de los personajes fotogénicamente honorables... ¿No recuerdan todo esto un poco, por ejemplo, a «Las gafas del difunto»?

Solo que Dürrenmatt se permite una sonrisa que en nuestro Valle —a quien torpemente acusó Gómez de la Serna de abandonar su torre de marfil para salir a la calle— no pudo tener. «Frank V» posee como una confortable crueldad, que es ajena a la cultura española más volcada a las expresiones extremas.

¿Qué «posible» teatro español contemporáneo no pudo arrancar de la agudeza y colectivismo del esperpento? ¿Cuánto tiempo y cuánto talento perdido!

En los esperpentos de Valle, tan celtibéricos, tan desatendidos por nuestro medio teatral, tenemos una de nuestras raras dramaturgias contemporáneas de signo europeo. Y es que, como acaba de decir un asesor de Kennedy, Schlesinger, a quien cito como testigo difícilmente impresionable, la futura Europa será «la Europa de los pueblos» y no «la Europa de los mayores». Y Valle, detrás de sus anécdotas de patriarca bohemio, detrás de sus preocupaciones estilísticas, que fueron cada vez menores, vivió sometido a un proceso, quizá no del todo consciente, que le llevó a ser el primer dramaturgo popular y antifiscalista, la primera voz española y europea de nuestro teatro moderno.

JOSE MONLEON